

El novelista, periodista y cuentista Fiodor Mijailovich Dostoievski es considerado como uno de los más grandes escritores a nivel mundial. Con gran habilidad y talento transmitió todo el espectro de las emociones humanas en novelas tales como *Crimen y castigo*, *El idiota*, *Los demonios*, y *Los hermanos Karamazov*. Las personalidades de sus poderosos personajes a menudo sirven como lugar para la batalla entre el bien y el mal y alcanzan la salvación sólo después de padecer el sufrimiento purificador. En más de un sentido esta batalla y sufrimiento reflejan la misma experiencia de Dostoievski.



Una vida turbulenta

Dostoievski nació en Moscú el 11 de noviembre de 1821 y se crió en un hogar de clase media. A los 16 años comenzó sus estudios en la escuela de ingeniería militar de San Petersburgo, donde pasó todo su tiempo libre

Dostoievski:

Un escritor que lucha con su fe

Victor
Lyakhu

leyendo literatura rusa y europea. Por el tiempo de su graduación, su madre ya había fallecido y su padre había sido asesinado por sus sirvientes, lo que lo dejó con muy poco dinero. Sin embargo, Dostoievski renunció a su carrera militar y se dedicó por completo a su vocación de escritor.

La respuesta positiva a su novela corta, *Pobre gente*, por parte del crítico literario Visario Belinski, le sirvió para introducirse en los círculos literarios y sociales de San

Petersburgo. A pesar de ser una promesa para la literatura, no era bien recibido en los salones debido a sus maneras nerviosas, baja estatura, ojos grises y constitución enfermiza.

Escribió varios dramas cortos y dos novelas cortas, que no le sirvieron de mucho para ganarle una audiencia más numerosa. Durante ese tiempo, Dostoievski comenzó a asistir a un grupo de discusión radical en el hogar de Miguel Petrashevski, donde los participantes debatían sobre libros de temas políticos y económicos, prohibidos por el gobierno del Zar Nicolás I. En abril de 1849, los miembros del Círculo de Petrashevski fueron arrestados por planificar la impresión de panfletos ilegales. El inexperto escritor y otros 20 miembros del círculo fueron sentenciados a muerte.

Momentos antes de la ejecución se anunció que el Zar había conmutado la sentencia de muerte y en cambio fue condenado a cuatro años de trabajo forzado en Siberia, seguido por cuatro años de servicio como soldado común. El escritor consideró su sentencia como un castigo justo por un crimen serio. Su experiencia en la prisión marcó una etapa importante de su vida en la que ganó fortaleza interior mediante la lectura frecuente de la Biblia, del tiempo que tenía para pensar y de la observación del sufrimiento de sus compañeros de prisión. Sus ataques de epilepsia datan de ese período.

Después de su liberación, Dostoievski sirvió como soldado y comenzó lo que fuera un matrimonio infeliz con una viuda tuberculosa. Comenzó a escribir otra vez, pero sus esfuerzos iniciales llamaron muy poco la atención. Al regresar a San Petersburgo, diez años después de su partida, los radicales intentaron ganar su apoyo llamándolo ex prisionero político, pero él rechazó sus propuestas pues le resultaba particularmente desagradable que ridiculizaran la religión.

Con un hermano suyo, Dostoievski comenzó a publicar la revista *Vremia* (Tiempo), en la que combinaba periodismo y ficción y con cuyo éxito pudo cumplir su sueño de viajar por Europa. Dos años después *Vremia* fue prohibida después de publicar un artículo considerado antipatriótico. Otra vez Dostoievski parte hacia el extranjero.

Al regresar comienza una segunda revista que fracasa debido a dificultades financieras. Su esposa y su hermano mueren ese mismo año y Dostoievski huye nuevamente a Europa donde muy pronto gasta los recursos que le quedaban. Sin

embargo, los préstamos de amigos y los adelantos de los publicadores le permiten regresar a Rusia. Allí contrata a una estenógrafa joven, Anna Snitkina, para que lo ayude en el proceso de escribir. Al año siguiente se casa con ella. Para escapar de los acreedores y de los codiciosos padres de Anna, la pareja se va al extranjero, donde vive en extrema pobreza durante cuatro años. La muerte de su primer hijo aumenta su miseria.

Cuando comienza una de sus novelas importantes, *Los Demonios*, Dostoievski se enferma gravemente e insiste en volver a San Petersburgo. Una vez allí, su salud mejora, la novela se convierte en un éxito y es invitado otra vez a los círculos sociales y literarios. Su esposa, que lo había apoyado fielmente durante el tiempo en el extranjero, manejaba hábilmente los asuntos de publicación. La vida se tornó estable para la familia Dostoievski, que ahora incluía también a dos hijos.

Para cuando había comenzado su novela final, Dostoievski era reconocido como uno de los escritores más grandes de su país. *Los hermanos Karamazov* ilustra los temas constantes de su obra: el problema del pecado y del sufrimiento y su relación con Dios, la fe y la búsqueda de Dios. Dostoievski murió en San Petersburgo el 9 de febrero de 1881.

¿Derrota o reavivamiento?

Los eruditos de la literatura de la antigua Unión Soviética han interpretado la búsqueda religiosa de Dostoievski como reaccionaria y utópica. Muchos han levantado la sospecha de que el gran escritor no tenía una fe firme en Dios. Esta duda sobre la creencia de Dostoievski se ha transformado en una idea arraigada. Algunos sugieren que Dostoievski después de su exilio “se quebró”, alejándose de sus ideales juveniles y abrazando conceptos erróneos como el de la religión e interpretan la vuelta al cristianismo en términos de catástrofe o derrota; se lo ve como algo forzado, en lugar de ser una experiencia progresiva y positiva en su vida.

Según ellos, la búsqueda espiritual de Dostoievski muestra su debilidad y falta de confianza. Vladimir Kerpoten, un crítico literario, lo expresa así: “Derrotado pero esforzándose por vivir y tener esperanza, Dostoievski comenzó a volverse a la religión, aunque no sin lucha interior”.¹ Debido a que los eruditos ponen en tela de juicio la firmeza y consistencia de la experiencia religiosa de Dostoievski expresada en una variedad de opiniones, es evidente cierta confusión en sus intentos de interpretar su desarrollo creativo.

Creo que lo que muchos críticos han

interpretado como su derrota fue en efecto su renacimiento espiritual. Cuando se unió al círculo radical idealista de Petrashevski, ya estaba inspirado por el sueño de la hermandad cristiana. Por entonces, el cristianismo de Dostoievski había sido sólo una disposición psicológica, sin definición específica, explicación o expresión externas. Durante este tiempo, en discusiones acaloradas con Visario Belinski, un político y crítico literario vastamente conocido, Dostoievski rechazó los intentos del crítico que trataban de influirle en favor del ateísmo.

La experiencia de Dios

La religión y la filosofía romántica de la juventud de Dostoievski trataban de “descifrar a Dios”; sin embargo, fue durante el pico más alto de su inspiración creativa, mientras estaba en la prisión, que el escritor experimentó un profundo reavivamiento espiritual. El duro choque que constituyó la experiencia en la prisión siberiana sirvió para que Dostoievski profundizara sus pensamientos y sentimientos y volviera otra vez su atención sobre el significado de la existencia y para que evaluara y depurara los ideales y valores de la herencia espiritual de su juventud.

Este proceso no fue meramente de “descifrar a Dios”, sino un proceso profundo de conocer a Dios, que enriqueció enormemente su vida espiritual. Podemos percibir el efecto de esta experiencia en una de sus cartas a Natalia Fonvisina, escrita cuatro años después de su arresto:

*He oído por medio de muchas personas que eres religiosa, pero porque yo mismo he experimentado y lo siento [el énfasis es del autor], te aseguro que en esos momentos estás anhelando una fe como la hierba seca anhela el agua y finalmente la encuentras, porque en la miseria la verdad se torna más clara.*²

La correspondencia con su hermano Miguel también muestra que la conversión no era superficial o accidental, sino un evento profundo. Tres meses después de su arresto, el 18 de julio de 1849, Dostoievski le pidió a su hermano que le enviara libros que “sean sanos para leer... para leer mis propias ideas en las de otro o para estructurarme a mí mismo de nuevo”.³ En agosto del mismo año

le volvió a pedir a Miguel: “Mándame algunas obras de historia... Pero sería mejor todavía si me mandarás la Biblia (ambos Testamentos). La necesito... sería absolutamente perfecto”.⁴

Miguel inmediatamente cumplió el pedido de su hermano, enviándole varios libros, incluso Shakespeare y la Biblia. Aunque Dostoievski consideraba al autor francés Balzac como un escritor de tremendo talento y poder y a Shakespeare más que un genio (“un profeta enviado por Dios para mostrarnos el misterio del hombre, del alma humana. . .”), para él la Biblia era verdaderamente un fenómeno excepcional.

La Biblia no era nueva para Dostoievski; era el libro predilecto en la casa paterna durante su niñez. Como lo es para nosotros hoy, el Libro de los libros “que pertenece a la más alta inspiración de literatura”⁵ le dio al gran escritor algo que ni Cervantes, ni Balzac, ni siquiera Shakespeare podían proveerle: una visión nueva del mundo y una revelación de Dios.

Es significativo que Dostoievski ahora comenzara consciente y persistentemente a cultivar esta profundidad espiritual que añadió una nueva dimensión a su propia visión creativa del mundo. Los seres humanos y el mundo dejaron de interesarle por sí mismos, desconectados del mundo cósmico. Todos los motivos filosóficos en la obra de Dostoievski adoptaron desde entonces un marcado tono religioso. Parece ser por esa razón que Stefan Zweig, en su libro *Tres Maestros* comparó a Balzac, Dickens y Dostoievski: “Cada uno de esos tres escritores tiene un dominio particular. Para Balzac es el mundo de la sociedad, para Dostoievski es el mundo del individuo y del universo”.⁷

El mayor problema

La intensa experiencia religiosa de Dostoievski no le garantizó el hallazgo de respuestas definitivas a todas las preguntas que lo perturbaban. La atracción directa por los asuntos religiosos y filosóficos intensificaron lo que en realidad era un problema complicado para él. Escribió: “El principal problema que me perturba consciente e inconscientemente toda mi vida es la existencia de Dios”.⁸ Después de un tiempo, Dostoievski concluyó que era imposible probar la existencia de Dios de una manera racional y lógica. Sin embargo, no quiere decir que no pudo establecer una fe sólida en el Creador: “Realmente he conocido a Dios y me he satisfecho con él. Sí, ¡hay un DIOS!”⁹ Desafortunadamente, los críticos, influidos por el ateísmo, han elegido ignorar esta realidad.

Según Dostoievski, el pensamiento, incluso el pensamiento religioso, no produce un conocimiento absoluto e indiscutible, sino que es solamente una chispa titilante que busca fuerza en la llama brillante del Espíritu. Aunque no pretendía ser teólogo, Dostoievski comprendía en profundidad ciertas creencias cristianas básicas. Comprendía que los esfuerzos de la mente humana por sí misma no son suficientes para abarcar el abismo abierto por la tragedia de la caída entre el hombre finito y mortal y el Dios infinito. Por esa razón Dios viene a la humanidad y con su gracia y revelación cubre las falencias de la mente humana.

La religión y la mente

En el sistema de Dostoievski, la mente no está sola y desnuda, como algunos le hacen decir. Él nunca intentó minimizar las capacidades de la mente humana sino que se

refería a la soledad y al orgullo de la mente que ha rechazado la inspiración divina. Fue a esta confianza en la mente sola a la que Dostoievski atribuyó la impotencia del ateísmo. El Príncipe Mishkin, un personaje de *El idiota*, fue mucho más que categórico: “El ateísmo no proclama nada”.¹⁰ Al mismo tiempo, Dostoievski nunca desacreditó la mente que permitía la fe y las experiencias del corazón.

La misma experiencia religiosa de Dostoievski nunca fue arbitraria, absurda o irracional sino que se basó en el experimento “científico” de un corazón que aprende. Por lo tanto, en cierto sentido, su fe fue “científica”, aunque sólo por el razonamiento de un conocimiento especial e indiscutible revelado únicamente a los creyentes.

Así, Dostoievski comprendió la interrelación de los diferentes poderes cognitivos del ser humano en términos de dialéctica, la prueba lógica de las ideas para determinar su validez. Este punto no ha sido valorado adecuadamente por los eruditos soviéticos. No es por accidente que en *La dialéctica del mito*, Alexei Losev señaló la incapacidad por parte de los ateos de pensar dialécticamente al enfrentar la relación entre nociones tales como fe y razón o conocimiento. Losev está seguro de que “no es que el creyente no tenga dialéctica, sino que tiene otro objeto de fe que el ateo”. Por cierto esto no significa que un ateo haya rechazado la creencia, sino que ha ignorado el sujeto de su fe y que algo ajeno a la razón o la ciencia ha hecho que negara la fe. Así, abordando el problema desde el punto de vista dialéctico, la fe no sólo es imposible sin conocimiento, sino *la fe en sí misma es el conocimiento genuino*. El conocimiento no sólo es imposible sin fe: es en sí mismo fe genuina.¹¹

La fe y el entendimiento

Para Dostoievski, que basó sus ideas sobre la antropología bíblica, los seres humanos son “la imagen y la semejanza” de su Creador. La naturaleza divina de cada individuo se revela en el hecho de que un alma abierta a Dios y al universo recibe y lleva en sí misma el conocimiento de todo lo que experimenta. Para una persona creyente, ansiosa por comprender los misterios divinos pero incapaz de entenderlos racionalmente, la existencia se torna difícil. No puede hacer



otra cosa que estar arrasada por las dudas, como lo dijera Dostoievski, “hasta el último aliento”. Esto es muy humano y es lo que San Agustín quiso decir cuando escribió: “Tú nos creaste para ti, y nuestro corazón no hallará descanso hasta que encuentre paz en ti”.¹²

El pensamiento humano es un proceso complejo producido por el trabajo racional de la mente y por las poderosas vislumbres intuitivas de los misterios del universo. La fuerza de esas vislumbres viene de una fe salvadora que cree que el mundo es comprensible y armonioso, no sin significado y absurdo. Un sentido de unión que liga todas las cosas, la confianza en que, cuando uno abre su corazón a Dios, la belleza del mundo va a dar significado a la existencia; todo esto ayuda al creyente a conservar su equilibrio, aun cuando se levanten dudas.

La fe no ignora las dudas, sino que provee esperanza para vencerlas. La fe no es una varilla mágica; no promete a la mente confusa un escape de la ansiedad, pero ofrece iluminación en la oscuridad. Promete la llave para los misterios de nuestro ser y la comprensión de las preguntas que perturban al alma. Así es como Dostoievski entendía al mundo y podía decir con San Agustín: “Creo para entender”.

Las dudas de Dostoievski

Las dudas expresadas por Dostoievski son la ruta al progreso, el proceso de conocimiento espiritual e intelectual natural; no son un testimonio de un fracaso religioso sino que constituyen el proceso del conocimiento y del triunfo del alma en busca de la fe.

Como lo escribió el filósofo Sergio Bulgakov: “En el alma de Dostoievski la fe perfecta siempre estaba en conflicto trágico con la incredulidad trágica... Para él, había

sólo una tragedia, no de la religión en general, sino de la cristiana".¹⁴ La declaración de Bulgakov revela el sentido de la esencia de la tragedia cristiana de Dostoievski, y en verdad, de toda tragedia humana: que los seres humanos sienten su separación de Dios aun cuando creen en él. Los cristianos están llamados a dialogar diariamente con Dios; es una experiencia trágica para los creyentes que su sed por la relación y armonía con Él no sea siempre satisfecha.

Debemos entender correctamente la naturaleza de la incongruencia. La declaración de Bulgakov puede ser entendida si reconocemos que el alma de un cristiano básicamente se vuelve a Dios. Una experiencia cristiana real demuestra que "la ley terrenal" (como Dostoievski llamaba a todo lo que era mundano) ha tenido algún poder sobre el ser humano, a menudo interfiriendo la más fuerte inclinación del corazón hacia el Creador. El alma debe resistir cualquier intrusión y debe ser purificada continuamente. El salmista expresa su deseo de perfecta comunión: "Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo" (Salmo 42:2).

La "falta de confianza" de los seres humanos hacia Dios se puede encontrar en la historia bíblica de Juan el Bautista, quien, habiendo bautizado a Jesús, duda del Hijo de Dios mientras espera la muerte en una prisión húmeda.¹⁵ Estos testimonios vivientes revelan que los conflictos espirituales y morales son batallas reales en favor de la preservación de la fe. El alma se fortalece por los continuos conflictos y se capacita de esa manera para pasar por dificultades mayores.

La supervivencia de la fe

Creo que las dudas de Dostoievski no destruyeron su fe en Dios. Por el contrario, iniciaron su búsqueda de respuestas más profundas a las múltiples paradojas de nuestro ser. Sus dudas fueron la fuente del continuo deseo de conocer a Dios y de estar en armonía con él. Dostoievski repetidamente volvió a este tema durante el transcurso de toda su vida. A fines de la década de 1850 escribió:

*Soy un hijo de este siglo, un hijo de la incredulidad y de la duda hasta el presente, e incluso (yo lo sé) hasta el fin de mi vida. Esta sed de creer, que se ha tornado más fuerte en mi alma cuando más razones hay hacia lo contrario, ha sido y todavía es la fuente de los sufrimientos más terribles.*¹⁶

Poco antes de su muerte, Dostoievski testificó nuevamente de la firmeza de sus convicciones. Reflexionando sobre su novela favorita, *Los hermanos Karamazov*, escribió: "Creo en Cristo, y lo reconozco, no como un niño. Por medio de la gran prueba de la duda, ¡ha pasado mi hosana! ¡Y me aferro a esto!"¹⁷

Dostoievski sin temor formuló preguntas y desafió a Dios, como lo hiciera el sufriente Job. Pero en el desafío natural a la experiencia de la humanidad, no rechazó a Dios. Como el hombre en la historia del evangelio, gritó: "Creo; ayuda mi incredulidad" (Marcos 9:24).

El crítico danés George Brandes escribió: "Ya sea que haya creído o no en los dogmas ortodoxos [Dostoievski] fue en toda su vida y sentimientos un cristiano típico".¹⁸ Bulgakov habla enfáticamente de la agonía y del sufrimiento del escritor en el camino de la fe:

*La naturaleza positiva triunfó en el alma de Dostoievski. Su fe venció sus dudas, aunque no siempre podía dejar de lado el dolor. Aunque herido y sangrando, Dostoievski siempre sobrevivió y triunfó.*¹⁹

Dostoievski no fue un santo, ni fue siempre un hombre recto. En su alma se libró vez tras vez una terrible batalla entre Dios y Satanás, pero vez tras vez emergió victorioso, teniendo a Dios como su baluarte, una fuente continua de amor, bondad y luz. Debido a que en Dios encontró la clave para el misterio de los misterios, el significado de la vida, nunca aceptó ninguna otra filosofía para sí. Todas las búsquedas morales de Dostoievski encontraban su interpretación en Dios. La luz divina revelaba la naturaleza verdadera de los malos espíritus de la búsqueda del poder y del orgullo. En él, el Absoluto, estaba la solución del problema esencial de la inmortalidad. Sin esto, para Dostoievski, la misma idea de "ser humano" carecía de sentido. □

Notas y Referencias

1. Vladimir Kerpoten, *F. M. Dostoievski: Artistic Life (1821-1859)*, p. 473.
2. F. M. Dostoievski, *Complete Works* (Leningrad: Nauka, 1972), vol. 28, p. 176.
3. *Ibid.*, vol. 28, p. 157.
4. *Ibid.*, vol. 28, p. 158.
5. Dostoievski, *About Art* (Moscow: Art Press, 1973), p. 452.
6. Jan Parandowski, *Alchemy of the Word* (Moscow, 1990), p. 27.
7. Stefan Zweig, *The Three Masters*, in *Collected Writings* (Leningrad: Vremya, 1929), vol. 7.
8. Dostoievski, *Complete Works*, vol. 23, p. 117.
9. *Ibid.*, vol. 8, p. 450.
10. Yuri Seleznev, *Dostoievski* (Moscow: Sovremenyek, 1981), p. 238.
11. Alexei Losev, *The Dialectic of Myth* (Moscow: Pravda, 1992), p. 545.
12. St. Augustine, citado por Alexander Men, *The Source of Religion*.
13. St. Augustine, citado por B. Rabinovich, *Confession of the Lover of Books* (Moscow, 1991), p. 220.
14. Serfei Bulgakov, *Silent Thoughts* (Paris: YMCA Press) p. 30.
15. Ver Mateo 11:2.
16. Dostoievski, *Complete Works*, vol. 28, p. 176.
17. *Ibid.*, vol. 27, p. 86.
18. George Brandes, *Collected Writings* (Kiev, 1902), vol. 6, p. 155.
19. Bulgakov, *Silent Thoughts*, p. 30.

Victor Lyakhu
enseña lengua y
literatura rusa en el
Seminario Teológico
Adventista de Zaokski,
en Rusia.

